

La extrañeza del mundo. *“Tengo historias para llenar las noches del resto de mi vida y busco a quién contárselas, pero ésa es mi desgracia”*, testimonia el cronista de la primera novela de William Ospina, que acaba de publicarse.

En esta asfixia memorística no se habla del presente y sin embargo el presente de quien escribe, o mejor, de quien cuenta, es el nuestro, a pesar de haber vivido su aventura quinientos años atrás. Una aventura de la conquista, nuevamente inspirada en el oro, la sangre y el poder. Y decimos que es nuestro presente, porque en parte la desgracia sigue siendo a quién contar las historias con las cuales podríamos llenar las noches el resto de nuestras vidas, en un país como Colombia; lo que bien podría decir desde un vendedor ambulante hasta una maestra de escuela, un indígena embera o una estudiante de secundaria.

En algún momento del transcurrir educativo, de eso ya hace algunos años, y del esfuerzo por revolver pedagogía con acción, se advertía que la *experiencia* una vez más podía ser el lugar para hablar, y digámoslo en las posibilidades de un narrador: hablar en el aquí, en el ahí y en el allí. Más exactamente, hablar desde la acción, como testigo de la acción y en tanto conocedor de la acción. Hablar de la vida, sobre la realidad y en diálogo directo con la ciencia. Este hecho, que parecía una conspiración, no contra el saber o las disciplinas como tales, sino contra la legitimidad de un discurso que ha pretendido totalizar el sentido e imponer una misma forma de hacer y proceder, fue perdiendo su batalla, embestido por una nueva conquista, la de la evaluación y la gestión. Entonces, la experiencia se convirtió en un problema “formal” en la práctica y un “informe” al pasar a la hoja en blanco. De escritorio en escritorio, de archivo en archivo, de jefe en jefe y de experto en experto, el informe logró “formatear” la experiencia y despojarla de aquello que buscó desde un comienzo: el aprendizaje de la escucha y no ya la legitimidad de la enseñanza. ¿Escribir para ser escuchados más que legitimados, no significa acaso una apuesta excepcional en el devenir de la pedagogía? Pero cuando el nuevo formato y la conquista tecnológica desplazan la fuerza de la experiencia, volvemos a la tragedia que nos comunica el cronista de la novela de Ospina: *“En estas tierras ya nadie sabe oír las historias que cuento. Todos están demasiado ausentes, o demasiado hambrientos o demasiado*

muertos para prestar atención a los relatos, aunque sean tan hermosos y terribles como los que yo sé”.

Aparte del aburrimiento que genera leer tanto archivo muerto y tanta categoría que pierde el verdadero asombro de la investigación, el lenguaje de la experiencia, en su afán de responder a ese nuevo saber institucional y globalizante, deja pasar la historia, las dudas, los grados conflictivos humanos, las inquietudes de los jóvenes y las preguntas con que todavía crecen los niños; deja pasar esas sobrevivencias cotidianas, deja pasar la misma intensidad de quien escribe su informe y que parece el único sujeto entusiasmado con su texto, porque ha participado de la aventura que nos cuenta sin contarnos. En el trasfondo de su silencio sordo, aquel lector que soporta tanta palabra fragmentada en ítems y puntos y objetivos, le ruega al autor mientras lee: “no me des más avances”, “no me convenzas de lo que no estás convencido”, “una sola voz de la existencia bastará para leerte”. No se trata de reivindicar el lugar marginal en que en ocasiones se ubica aquel que intenta hablar sobre su experiencia y que deja notar su temor de no tener un presupuesto teórico que le dé validez a lo que piensa, como suplicándole a otros campos del conocimiento un lugar en el tribunal que juzga su saber. Más bien, se trata de llevar el pensamiento, con todo y sus conceptos, percepciones y emociones, al lugar incierto de la acción, de forzarlo a que piense desde ese referente vital que es incapaz de pensar cuando recurre a un formato y un cuerpo argumentativo a priori.

Quizá esta situación nos lleva actualmente a retomar la inquietud por la experiencia. Escribir desde la experiencia no es atiborrar de datos el lenguaje (de esa etnografía escolar también estamos ya cansados), ni dejar atrás las herramientas del conocimiento que nutren nuestra idea, sino compenetrarse con el arte de vincular estrechamente el pensamiento con los acontecimientos, dejar que el acontecimiento ponga en cuestión las razones que nos mueven, los esquemas que alientan la práctica, ampliar el campo de la interpretación y descubrir el vacío que se aproxima cuando el territorio de la seguridad nos abandona. Es

componer la pregunta, situándonos en la frontera misma donde el decir y no decir nos obliga nuevamente a pensar lo impensado de la vida en movimiento, de la experiencia que retoma nuevamente la voz para intentar el texto. Por eso, la experiencia va más allá de un programa, un proyecto o un taller; éstos tienen límite de tiempo y espacio, mientras que la experiencia sigue su curso, tanto como nuestra posibilidad de pensarla.

Maestros y escritores de pedagogía: no nos sigan convenciendo de lo que saben, ayúdenos a explorar lo que buscan; no nos sigan repitiendo las consignas sobre la importancia de la experiencia, vincúlenos con la problemática de aquel segmento de vida que les obsesiona; no nos hablen como si fuéramos detectives de la verdad y misioneros de la evaluación, sino los jóvenes, los niños, los maestros, las comunidades y el país con que comparten aquellas historias que podrían llenar las noches del resto de sus vidas. Y sobre todo, no citen por citar. Por favor, asómbrenos. Lo que sucede con el lenguaje también sucede con un país en crisis, que no sabe escuchar su historia, un país en guerra, sin pasado, un país que se vuelve país en tiempo electoral. Un país que es cualquiera de nuestras instituciones. Sabemos de memoria, como quien aprende las tablas de multiplicar, que miles de personas han sido obligadas a salir de sus tierras, y sin embargo, como si ni siquiera la tragedia colectiva nos extrañara, nos mantenemos en el mismo territorio del juicio moral y mental que hemos aprendido desde siglos, revestido de nuevas técnicas de escritura.

Pese a que no poblamos ya nuestro territorio, continuamos anclados al territorio de la verdad que nos traen las coyunturas de los saberes estandarizados, los cuales pasamos a utilizar inmediatamente en el discurso de nuestras espontáneas muertes. Hacemos parte de la realidad de aquel juez de residencia que llegó a este continente hace quinientos años y que al término de su vida, recluso en un monasterio de España, no pudo desde sus recuerdos y remordimientos entender los mágicos y sangrientos lugares que creyó haber gobernado. Dicho personaje le lleva a pensar al cronista de *Ursúa*, la primera novela de William Ospina, que: “*Las tierras aturden a los hombres, con la ilusión de ser sus dueños, y a veces les conceden el duro don de verse despojados, para que la extrañeza del mundo se haga más completa con su pérdida*”. Tal vez sea esto escribir hoy sobre la experiencia y, en especial, leer la experiencia: la concesión de experimentar, por un momento, la extrañeza del mundo. ■

Fernando González

pares académicos

Verónica Andrea Catebiel

Especialista en Didáctica de la Química.
Licenciada en Enseñanza de las Ciencias, Universidad Nacional de General San Martín, Argentina.
catepol@emtel.net.co

Teresita del Niño Jesús Garduño

Doctora en Letras, especialidad Psicopedagogía, Universidad de Neuchâtel, Suiza.
Estudios Superiores en Psicología, Universidad de Neuchâtel, Suiza.
Maestría en Ciencias, Especialidad en Educación.
Licenciada en Psicología Educativa, Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xochimilco, México.
gardunot@prodigy.net.mx

Liliana Lacolla

Doctora en Enseñanza de las Ciencias, España.
Lic. en Química, Universidad San Martín. Buenos Aires, Argentina.
lilianaele@yahoo.ar

Carmen Alicia Martínez

Doctora en Enseñanza de las Ciencias.
Maestría en Enseñanza de las Ciencias, Universidad Pedagógica Nacional.
Lic. en Química.
cadeut@yahoo.com

João Batista Siqueira Harres

Doctor en Educación, Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul, PUC-RS, Rio Grande do Sul, Brasil.
Especialista en Planeamiento Energético-Ambiental, Municipio Grande do Sul, Brasil.
Maestro en Educación, Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul, PUC-RS, Rio.
Graduado en Física, Universidade Federal de Rio Grande do Sul, UFRGS, Rio Grande do Sul, Brasil.
jbharres@univates.br

Steiner Valencia Vargas

Magíster en docencia de la Física, Universidad Pedagógica Nacional.
Especialista en Docencia de las Ciencias.
Lic. en Biología.
steinerv@uni.pedagogica.edu.co

comité editorial

Alfredo Ayarza Bastidas

Especialista en Gerencia Integral de Empresas, Universidad del Rosario.
Miembro de la Cámara Colombiana del Libro.
Miembro de Fundalectura.
magis07@colnodo.apc.org
coopera2@latino.net.co

Nicolás Buenaventura

Asesor de la Unesco.
Ingeniero Rural, Universidad de Scranton, Estados Unidos.
Pedagogo de la Historia, Instituto de Ciencias Sociales de Moscú.
nicobuena@yahoo.com.mx

Clara Inés Chaparro Susa

Magistra en Docencia de la Física, Universidad Pedagógica Nacional, Colombia.
Licenciada en Física y Química, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, UPNB, Colombia.
chaparro@uni.pedagogica.edu.co

Celso Román

Becario Comisión Fulbright.
Master Fine Arts, Sculpture Instituto Pratt de New York.
Médico Veterinario, Universidad Nacional de Colombia.
Maestro en Bellas Artes con especialización en Escultura, Universidad Nacional de Colombia.
khokhoto@hotmail.com

Juan Carlos Orozco Cruz

Magíster en Docencia de la Física, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, Colombia.
orozco@uni.pedagogica.edu.co

Dino de Jesús Segura Robayo

Maestría en Educación, Universidad de Nuevo Búfalo, Estados Unidos.
Físico, Universidad de Leipzig, Alemania.
Docente de excelencia. Premio otorgado por la Alcaldía de Bogotá.
apriori@multiphone.net.co

María del Pilar Unda Bernal

Magistra en Educación con especialización en Investigación Educativa y Análisis Curricular, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, Colombia.
Psicóloga, Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.
punda@uni.pedagogica.edu.co